PREFACIO AL LIBRO DE
CANAÁN
O DE LAS DOCE NACIONES,
DE BENITO ARIAS MONTANO, HISPALENSE

Después de la tan famosa división de las lenguas, los cananeos ocuparon aquella región que, ciertamente, entre todas las que hay bajo el cielo, por la fertilidad de la tierra, la salubridad del aire, la bondad del clima, la abundancia de toda clase de frutos y la copiosidad de todas las demás cosas (tanto las imprescindibles para la vida de los hombres como las que suelen hacer también sus delicias) es ponderada por todos con las mayores alabanzas. Y tan grande era la generosidad de aquella región que no sólo a sus propios pobladores los hacía muy ricos y poderosos en todas estas cosas, sino que inspiraban también terror a todos los restantes pueblos. En efecto, a duras penas alguien puede concebir con el pensamiento, y tanto menos conseguir con las palabras, a cuán grande multitud de hombres alimentaba, de cuántas ciudades y lugares, fuertemente protegidos por mismo entorno natural, estaba repleta aquella región, circunscrita dentro de límites muy pequeños. Pues (para tener una idea de sus dimensiones geográficas) no mide aquella región más de sesenta millas a lo largo y cuarenta a lo ancho. Tenía treinta y un reinos y reyes, sin contar a los sidonios y a los palestinos de junto al mar. Sin embargo, la naturaleza misma de su suelo, fértil por doquier, había hecho posible esta increíble prodigalidad de casi todas las cosas. Y, puesto que estaba aquella región llena de muchos, muy grandes y altísimos montes, multiplicaba su espacio en más de cuatro veces respecto del que miden los cielos por arriba y por debajo la superficie de la tierra. Sabemos, en efecto, que aquellos altos montes contienen por sus cuatro caras un terreno que es casi el cuádruplo de la superficie que los sustentan. Sabemos también que, del mismo modo, las hondanadas y pendientes de los valles superan con mucho el modo de describir una llanura. No hay en verdad nadie que ignore cuánto provecho sacan los hombres de estos inigualables lugares, puesto que aquel variado y multiforme aspecto del cielo y del suelo fue admirablemente apto y eficaz para producir cosas de toda especie. Además de esto, aquel calor innato, por el que ciertamente se originan y se favorecen todas las cosas, metido en las grutas y entrañas de los montes por variados conductos y, en razón del lugar, dotado de la manera más variada, es origen de multiplicidad de cosas. Y mezclado y temperado a un tiempo con la humedad, hace que la tierra, empapada de por sí de abundante y excelente jugo, sea maravillosamente fértil y fecunda. De aquí, sobre todo, las muchas y variadas clases de metales y de piedras, de minerales (como los llaman), de betún. De aquí tan gran cantidad de árboles y plantas. De aquí la multitud y variedad casi infinita de animales, que se ven por los montes, que la tierra procrea y produce, en cierto modo, de manera espontánea. En ningún lugar, además, las fieras, el ganado mayor y menor viven de manera tan placentera, y en ningún lugar, ya montañoso ya campestre, tienen tanto disfrute. Añádase a esto la abundancia del agua, útil y conveniente para todas las

cosas, que los montes (propiamente llamados הרים, es decir, *montes*) suministran, merced tanto a sus numerosos manantiales, como a la que proporcionan las nubes cargadas de agua de lluvia, que, cayendo del cielo, corre que desde lo alto hacia lo más profundo. Y todas estas cosas expresó aquel santo profeta, el vate más excelso todos, mediante estos versos claramente divinos:

> *Que haces salir fuentes en los valles, por medio de los montes pasarán las aguas.*
> *Beberán todas las bestias del campo, esperarán los onagros en su sed.*
> *Sobre ellas morarán las aves del cielo, de en medio de las piedras darán sus gritos.*
> *Que riegas sus montes de sus más altos lugares, del fruto de tus obras se saciará la tierra.*
> *Que produces heno para las bestias, y yerba para el servicio de los hombres.*
> *Para sacar el pan de la tierra, y el vino que alegra el corazón del hombre.*
> *Para que haga relucir su rostro con el aceite, y el pan afiance el corazón del hombre.*
> *Se saciarán los árboles del campo, y los cedros del Líbano que plantó.*
> *Allí los pájaros pondrán sus nidos, la casa de la garza es su guía.*
> *Los montes altos para los siervos, la peña refugio para los erizos*[1].

De todo ello ciertamente se desprende que en modo alguno hay que asombrarse de que una región tan pequeña contuviese cantidad de cosas tan grande que bastara para el mantenimiento de tantos reinos, de tantas ciudades y aldeas de número casi incontable; máxime, si con las nieves de los montes y las brisas que soplaban de los valles se atemperaba el calor excesivo de algunos lugares y regiones. Toda la tierra, después, situada entre dos mares y el río Jordán, tenía no pocos lagos, y éstos, que eran navegables, abundaban también en peces de excelente calidad. Añádase, además, que, gracias al trabajo continuo y al buen hacer del hombre, la tierra estaba perfectamente cultivada, y que era, en fin, la que Dios, con cierto particular beneficio y favor, honraba por encima de todas las demás regiones, como leemos que está escrito: *Pues la tierra que entrarás a poseer no es como la tierra de Egipto de donde saliste, en la que, después de arrojada la semilla, se conducen aguas de regadío según la costumbre de los huertos, sino que es de montes y de vegas, que esperan la lluvia del cielo. La que el Señor, tu Dios, tuvo siempre vista y sus ojos están sobre ella desde el principio del año hasta su fin*[2]. Por tanto, en primer lugar, y para que de ello saquemos nosotros las oportunas consecuencias, debemos tomar nota de lo que sigue, esto es: que por mor de esta abundancia de toda clase de cosas, merced a la cual los hombres podían llevar una vida placentera y gozosa, y disfrutar cómodamente de cierto honesto descanso, que debían emplear en el culto a Dios y en un constante amor y obsequio para con Él, vino a suceder que, por lo general, después de la caída del primero y común padre de todos, Adán, tal descanso no sólo no viene usado como es menester, sino que, a causa de él, se arrojaban a los placeres y a cierta perversidad de las costumbres. En efecto, quienes así abundan en todas las comodidades de la vida se me antojan a mí como aquellos que, estando en un río, cuyas ondas rebasan las orillas y ellos, como los que están sedientos, beben agua en demasía, derribados y arrastrados finalmente por la fuerza del río y por excesiva abundancia de agua, vienen engullidos en las más profundas vorágines. Mucho mejor les habría sido beber de alguna límpida fuente que acercarse a aquel enorme torrente de agua. Es sabido, en efecto, que los cananeos, que habían sido agraciados con la mejor de todas las tierras y la más abundante en toda clase de cosas necesarias para vivir, al heredar e imitar la maldad paterna, a causa de aquellas extraordinarias condiciones de vida y por la sobreabundancia de descanso, de ninguna especie de pecado dejaron de contaminarse. Y ello hasta el punto de que, irritando a Dios con sus infamias e impiedad, provocando a los hombres con injurias fuera de lo común y profanando la misma tierra con crímenes abominables, ellos mismos fueron finalmente la causa de su propio desastre. En efecto, en el espacio de

[1][Sal 103,10-18 (Vlg)].

[2]Dt 11,10-12.

cuatro años, aquellos reyes, que ciertamente eran treinta y uno en número, junto con toda su gente y con todos sus reinos, fueron completamente destruidos y aniquilados. Y, además de la muerte eterna de la que se habían hecho merecedores, sus nombres, por sentencia y decreto de Dios, quedaron para siempre marcados con la ignominia, la infamia y la vergüenza. De este modo acostumbran a abusar de los extraordinarios beneficios de Dios, de los admirables dones de la naturaleza y de las demás cosas convenientes para el cultivo de la virtud aquellos hombres que, habitando una tierra fértil y pródiga en toda clase de cosas necesarias para la vida, son ellos mismos, sin embargo, los más malvados de todos. Esto es lo que con muy claras palabras expresó el Espíritu Santo, al dictar a Moisés que sobre Sodoma y Gomorra escribiera: *Lot pues, habiendo elevado sus ojos, vio toda la región a lo largo del Jordán, que estaba toda ella regada, antes de que el Señor destruyera a Sodoma y Gomorra, como el Paraíso, como Egipto*[3]. Y un poco más abajo se añade: *Pero los hombres de Sodoma eran muy perversos y pecadores delante de Dios sobremanera*[4]. Vemos también que los israelitas (quienes, a pesar de haber sido con frecuencia amonestados por Dios, no quisieron convertirse al buen camino de aquellos pecados con los que se habían contaminado) abrazaron, junto con la libertad y el estado, todas estas mismas comodidades y que (de esto somos hoy también testigos oculares) se hundieron en las más grandes miserias y calamidades. Aún hoy andan en ellas metidos. Así está escrito: *Engrosóse el amado y tiró coces; engrosado, engordado, ensanchado abandonó a Dios, su hacedor, y se apartó de Dios, su salvador*[5]. Pero, viendo nosotros que no sólo aquellos que están imbuidos de perversas costumbres y educados en un depravado modo de vida, sino que también los que han nacido de padres de probada virtud y educados en óptimos preceptos, llegan a ser corrompidos por la abundancia excesiva de todas las cosas y, privados por esta razón del favor divino, caen en la más horrorosa de las miserias, los hombres en verdad piadosos deben no desear tal abundancia de cosas, sino anteponer a ellas la pobreza y el trabajo; o, si es Dios quien se las concede, guárdense mucho de no abusar de ellas; denles, antes bien, el mejor de los usos y empleénlas según prescribe la voluntad de Dios. Y procuren de este modo alcanzar de Dios, mediante la oración, que les inspire la disposición de ánimo que más conviene a los hombres que viven en tal condición, y que nunca dejen de recordar aquella sentencia que Cristo pronunció: *¡Qué difícil* (dice) *es a los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!*[6]. Pero, puesto que ya antiguamente había destinado y decretado Dios que la tierra de los cananeos fuese para las tribus de Israel y la había designado después con el nombre y título ilustre de descanso terreno, se añade a todo esto los grandiosos recuerdos de todo lo que Dios realizó en aquella región con los que aquella tierra fue ennoblecida. Y no sólo los israelitas la poblaron y habitaron, sino que también sus padres se dirigieron con frecuencia a ella y de ella fueron huéspedes. Ésta es la razón por la que en innumerables ocasiones se hace mención en los libros sagrados tanto de la entera región como de cada una de sus partes. Sin embargo, los nombres que se encuentran en los escritos santos de ningún modo pueden entenderse, a no ser que se ofrezca de los mismos lugares una adecuada descripción y se les señale debidamente. Ello es ciertamente lo que nos ha movido, en cuanto nos ha sido posible, a gastar gustosamente nuestro tiempo también en este asunto. En efecto, de todos estos lugares damos la explicación que ciertamente (tal es nuestro parecer) pueda bastar a los estudiosos de las Sagradas Escrituras para comprender aquellos lugares que se mencionan en los libros santos, pues tanto la descripción de las sagradas páginas como el lugar en sí la reclaman. Y, junto a ella, ofrecemos un mapa de toda la región elaborado en la misma Siria-Palestina, a expensas y gracias a la generosidad de cierto doctísimo varón de Mantua y muy conocedor de la lengua hebrea, el más exacto de todos los que hemos encontrado cuando nos hallábamos en Trento. Una copia suya, comparada con los libros sagrados, la hemos añadido a este libro nuestro, que sobre este asunto hemos escrito, y hemos

[3]Gén 13,10.

[4]Gén 13,13.

[5][Dt 32,15].

[6][Aunque no corresponde exactamente a ninguno de los tres sinópticos, se asemeja más a Mc 10,24.

anotado en ella, con letras y nombres hebreos, todos los lugares descritos. Pero si, en todo esto, se echara tal vez en falta algunas cosas, o no aparecieran otras que (por la antigüedad o el rigor de los tiempos, o porque otros las han tratado con mayor exactitud) no hubieran llegado a nuestro conocimiento, en vosotros está, Lectores, saber disculparnos y dar por bueno nuestro esfuerzo, que no hemos querido dar por cierto lo incierto ni ofrecer unas cosas por otras. Finalmente, a Dios, fuente de toda ciencia y sabiduría, debemos orar suplicantes, para que, enviado su Espíritu Santo a nuestros corazones, llene nuestros espíritus de su sabiduría. A Él, el honor y la gloria.

En Amberes, a nueve de Marzo de 1572.

LIBRO DE LA FAMILIA O DE LA COROGRAFÍA, DE BENITO ARIAS MONTANO, HISPALENSE

SOBRE LOS HIJOS DE ORIENTE
CAPÍTULO 1.º

Dos familias oriundas de la nación de los caldeos ocuparon, después del diluvio, durante muchos años, los lugares mediterráneos, estando Abrahán todavía entre los vivos. Sus dos jefes fueron Moab y Amón, que las dos hijas de Lot engendraron de su mismo padre[7]. Moab eligió como territorio propio el que se halla encerrado dentro de los siguientes límites: a Oriente, la gran cordillera de Horri; al Ocaso, el ingente lago que se llama mar de la Sal y una parte del Jordán; a la derecha, el famoso río Arnón, que separa a los amorreos de la región; al Aquilón, el trayecto que va desde el río de Jacob hasta el monte Pitsga o Phasga[8]. Dentro de estos límites se encuentran los siguientes ríos: el torrente de Iazer[9]; el Nimrim, que baja de los montes de Phasga, así como el Dibon, y el Arnón, límite de toda la región, desde los montes extremos de los horreos, que nace de la peña de su nombre. El mismo lago, que rodea la región por la parte del Ocaso, fue en otro tiempo una región agradable y fértil, abundante en muchos betunes minerales, regada toda ella por las derivaciones del río Jordán, que, poco antes del nacimiento de Moab y Amón, herida por el cielo a causa de los abominables crímenes de su pobladores, fue destruida totalmente y sumergida en las aguas, como testimonio de detestación perpetua, exceptuada sólo una ciudad que, por su pequeñez, fue llamada Tsoghar o Segor[10]. Por lo demás, las cuatro grandes ciudades, con sus aldeas y villas, perecieron en una misma catástrofe: Sodoma, Gomorra, Adamah y Tseboim[11]. Antes de la destrucción, todo el lugar era llamado valle de Hasidim; pero, después, mar de la Sal, mar Muerto, mar Oriental y Sodomítico. Al Oriente del lago, se levantan los montes que delimitan los confines de Moab. En la región están los siguientes montes principales: a Oriente, el Phegor; al Aquilón, el Luith[12]; al Ocaso, el Abarim (que es el mismo que los montes de Nabo), el Hermón y el Senyr, a lo largo de la corriente del Jordán. Pero, entre éstos, fue célebre sobre todo el Abarim a causa de la extraordinaria panorámica de la región cananea que se extiende a sus pies y por la memoria de Moisés, muerto allí mismo, que por providencia de Dios fue enterrado no lejos, en el valle, en un sepulcro de que nunca más los hombres llegaron a saber nada[13]. Hay también otro famoso valle en la región de Moab, en el extremo del monte Phasga, que mira al desierto, de nombre Bamoth, famoso porque en él se detuvieron antaño los israelitas y por la victoria obtenida sobre los amorreos que querían impedirles el paso en su camino hacia la tierra prometida, siendo rey Balaac[14]. Por lo demás, la región era casi toda de vegas, cultivada en otro tiempo por los moabitas, con muchas y populosas ciudades. Entre éstas merecen especial mención Arnón, situada junto al río de su nombre[15]; Moab, construida con ladrillos; y, un poco

[7] Gén 19,36-38.

[8] Núm 21,13.

[9] Dt 2,13.

[10] [Gén 19,20].

[11] Gén 13;14.

[12] Is 15,5; Jer 48,5.

[13] Núm 33,6.

[14] Núm 21,20; 21,1. [Pero el rey era Sijón].

[15] Jos 12,2.

más distante del río, Gallim[16]; la residencia real de Ar[17]; Emim, sede en otro tiempo de los gigantes, robustos hombres de la estirpe de los Enacim; Dibon[18], Nophe, Medabah, Nabo, Aroer, Araroth, Roth, Sophan, Iaghazer[19], Iebghaah, Bethnemrah, Beth-Aram, las dos Horon (la superior situada en el monte; la inferior, en el valle; una y otra llamadas Horonaim[20], no muy distantes del monte Luith[21]); Hesebon, Elghale, Kiriathaim, Bagdal, Meghon, Sabana, Heloniasa, llamada así por el horror de sus aguas; Meipahhadh, famosa por sus dos palmares; Diblathaim, Bethgamul, Bethmaon, Kirith, la extrema Bossor o Bosrah, y Nimrim junto a las corrientes. El lugar y fortaleza de Sittim, recuerdo eterno de la fornicación de los israelitas y de la venganza divina, consagrado por el sacerdote Phinea para aplacar la ira divina; allí mismo está también Baghal Peghor, de muy vergonzoso nombre y santuario de un falso dios[22]. Toda la tierra desde el comienzo es fértil, pero la parte que es de Iaghazer hacia Galaad abunda en excelentes pastizales[23] y se la tiene por muy adecuada para la cría de ganado menor y mayor. Partes de ésta son las célebres plazas fuertes de Dion, Iazer, Atharoth, Nemra, a la que hemos llamado Beth Nemra; Hesebon, Elghale, Sabain, Nebo y Beon. Pero Sabama, Elghale, Kiriathaim, Baghal Meghon y Sabama[24] estaban dotadas de generosos viñedos. Sus hombres eran robustos, los que arrojaron a los gigantes, de la estirpe de los Enacim, en parte muertos, en parte expulsados del lugar, siendo Dios juez y vengador[25]. Todos estaban circuncisos, a imitación de los hijos de Abrahán[26], pero no adoraban al Dios de Abrahán, sino a algunos falsos dioses entre los que sobresalía Chamos[27]. Así, pues, estos lugares poseyeron en otro tiempo los moabitas. Pero, después, atacados y vencidos por los amorreos[28], que en tiempos del rey Sijón habían sobrepasado el Jordán, se vieron obligados a retirarse de una grande y fértil parte de campos y ciudades. Entre éstas estuvo Hesebam, junto con toda la continua zona occidental hasta el Arnon. Pero no mucho después, saliendo éste con ejército enemigo en Iasam al encuentro de los israelitas, fue privado de la vida y del reino.

AMÓN
CAPÍTULO 2.º

Próximo a su hermano Moab se instaló Amón, el más pequeño, y ocupó el territorio que se extiende desde los montes Luith hasta los montes de Bassan. A Oriente, los montes ininterrumpidos llamados Acrabim, frente a la tierra de Emim; al Ocaso tuvo a los amorreos. Su campo ofrece el disfrute de un valle situado entre los montes, muy agradable y fértil. En otro tiempo estuvo poblado por hombres feroces y de gran estatura a los que los amonitas llamaban Zomzonim. Pero, con la llegada de los amonitas, aquella región pereció por sentencia del juicio divino. En ella está el famoso río Jacob que, naciendo a Oriente de la inflexión de los montes y bañando la ciudad de Aroer, término común con los

[16]Is 15,8.

[17]Núm 24,19; Dt 2,9.

[18]Núm 21,30.

[19]Jer 48,32; Am 1,2.

[20]Jer 48,3.

[21]Núm 32,34.

[22][Otras citas que aparecen al margen son inseguras: Núm 25,2; Jer 45,32; Dt 4,36].

[23]Núm 32,2.

[24][Se repite].

[25]Dt 2,10 ss.

[26]Jer 9,25.

[27]Núm 21,29; Jer 48,7.

[28]Núm 21,25; Jue 3,28.

moabitas, corre desde el Ocaso hasta el Jordán. Cuenta la región con numerosas ciudades construidas en la llanura y en los montes. Entre ellas se mencionan las más antiguas: Rabath[29], llamada así por sus muchos habitantes y por sus grandes dimensiones, donde se exhibía un lecho de hierro de asombroso tamaño, en que se cuenta que se acostaba Og, rey de Bassan, hombre de extraordinaria estatura[30]; Hesebon, situada en el monte, en los confines de los amonitas; Hai; Mennith, entre la cual y Aroer había veinte ciudades[31], cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, excepto el de una, Abel, famosa por la abundancia de sus viñedos. También éstos, como los moabitas, estaban circuncidados, pero no adoraban al Dios verdadero[32], pues se habían consagrado a Melcho, nuncio de los dioses, y a Chamos[33] , sus deidades principales.

SOBRE LOS HIJOS DE ORIENTE
CAPÍTULO 1.º

LOS HIJOS DE QUETURÁ

Además de Sara, Abrahán tuvo otras dos mujeres que fueron madres de naciones: la egipcia Agar que, en vida aún de Sara, dio a luz a Ismael, y Queturá que, a la muerte de Sara, la sucedió en el cuidado de la familia[34]. Sacados los hijos de éstas de la tierra de los cananeos, prometida para sí mismo, y una vez distribuidas las dotes para vivir y suficientemente abundantes para procurase ganado, el padre les puso delante, para que la poseyeran y poblaran, la región oriental de óptimos pastizales[35]. Los hijos que Abrahán tuvo de Queturá fueron: Zamram, Iechsam, Madan, Madian, Iesboc y Sue[36]. Éstos recorrieron y ocuparon con sus pastos los lugares desiertos, distribuidos entre ellos, entre los moabitas, amonitas, caldeos y persas, hacia Oriente. De aquí que siempre vinieron llamados Orientales o hijos de Oriente, desde Aram Naharaim hasta el golfo pérsico y el mar de Suph. Pero Madián[37] ocupó la región que está hacia el Austro hasta el monte Horeb y repartió los campos ocupados entre las seis familias de sus hijos. Epha, en primer lugar, Henoc, Epher, Abida y Eldaa, constituido así el orden tanto de la edad como de los lugares, sacaron agua de los pozos. Iechsan, junto con las dos familias de sus hijos, Saba y Dadan, ocupó hacia el Aquilón los lugares próximos a éste. La segunda de estas familias, diseminada su descendencia en tres hijos[38], se propagó extensísimamente por los lugares. De allí proceden, en efecto, los Assurim, siendo su padre, como ya se ha dicho, Assur[39], que, a partir de la provincia ocupada por Nimrod, fundó grandes ciudades en los campos del río Eúfrates y el reino de los asirios. El segundo hijo de Dadan fue Latus, de quien obtuvieron nombre y lugar los Latussim, próximos a los asirios. Después, Laum, de donde dos son llamados Laumim. Y estos dos son principalmente los árabes, que van de aquí para allá, sin tener lugar fijo, en busca de pastos. Sus casas son las tiendas. Crían dromedarios[40] y

[29] Jer 49,2; Am 1,15.

[30] Dt 3,11.

[31] Jue 11,33.

[32] Jer 9,25.

[33] Jue 11,24. [Sobre Melcho no se ofrecen citas, pero véase, por ejemplo, 1Re 11,33].

[34] Gén 25,1.

[35] [Gén 25,6].

[36] [Gén 25,4].

[37] Éx 3,1; 18,1; Jue 6,6; 8,22

[38] [Éstos fueron los asuritas, los letusíes y los leumíes (cf. Gén 25,3)].

[39] Is 11,12.

[40] Is 60,6.

camellos que utilizan para transportar cómodamente la carga y como medio de transporte. Se adornan con placas de metal brillante y borlones, particularmente los príncipes, y sus hombres cuelgan de sus orejas perforadas pendientes de oro. De manera particular, visten los reyes agradables vestiduras purpúreas. Se afeitan la cabellera[41]. En el combate usan el arco y la flecha. Se dedicaron también al comercio, llevando a Tiro grande y variada cantidad de delicadas mercancías.

ISMAEL
CAPÍTULO 4.º

Ismael, nacido de una esclava egipcia, fue el mayor en edad, pero el menor en la sucesión, merced al derecho de las legítimas nupcias que correspondía a los hijos de Queturá. No obstante, según la promesa del oráculo divino, creció Ismael en doce, llamémoslas, tribus, según sus doce hijos engendrados príncipes[42]: Nabaioth, Cedar, Adbeel, Mabsam, Masmah, Dumah, Massah, Hadad, Themad, Iethur, Naphis y Cedma[43]. Todos ellos llevaron siempre el nombre paterno de ismaelitas, apellidados a veces con el nombre de Nabaioth, aunque generalmente con el de Cedar, el hijo segundo. Vivieron al principio en el desierto de Pharam, donde Ismael tomó por esposa a una egipcia, madre de todos ellos[44], y, propagándose desde allí (unas veces, expulsando a unos; otras, siendo expulsados por otros), vivió en ocasiones oprimido y en ocasiones, merced a la declaración de armisticios, entre los hijos de Queturá, según había predicho el oráculo, como está escrito: *Doce jefes engendrará y lo haré caudillo de grande gente*[45]. *Éste será un hombre fiero; las manos de él contra todos y las manos de todos contra él; y frente a frente de todos sus hermanos plantará tiendas*[46]. Teniendo éstos su primera demora en Hevilah, desde Oriente al Mediodía, se encaminan al Ocaso, hacia Sur, ciudad antigua y limítrofe con los confines de Misraim, no lejos de Kades, en el monte y en el desierto. Por el Aquilón se extienden hacia Assurim. Entre ellos, Themad tuvo sedes más duraderas y más conocidas, no lejos de Dedam, hijo de Queturá, y cercana a la ciudad de nombre Buz[47], de donde son llamados Buzitas los que después otros llamarán Escitas. La tierra entera era inmejorable para la cría de ganado menor y mayor y sus hombres, dedicados especialmente a este menester, viven en tiendas que acomodan con elegantes ajuares[48]. Abundan en pieles convenientemente preparadas para toda clase de uso. Crían camellos y otra mucha ganadería mayor[49]. Poseen toda especie de ganado menor en número muy por encima de los demás pastores. Llevan a vender a los mercados corderos, carneros y machos cabríos[50]. Como sus vecinos árabes, se afeitan la cabellera[51]. Son tenidos por diestrísimos tiradores de flechas y otras armas arrojadizas[52]. Algunos de ellos se dedican al comercio, sobre todo los que están más cerca de la región galaadita, de donde transportan a Egipto resina, aceite de mirra y otros aromas.

[41] Ez 27,23.
[42] Gén 17,20.
[43] Gén 25,12.
[44] Gén 21,21.
[45] Gén 17,20.
[46] Gén 16,12.
[47] Jer 25,13.
[48] Jer 49,28.
[49] Is 60,7.
[50] Ez 27,21.
[51] Jer 25,23.
[52] Is 21,17.

EL HORREO Y EDÓN
CAPÍTULO 5.º

Seghir[53], de la antigua estirpe de los gigantes, ocupó los montes que están por la parte de arriba de los moabitas, pero por debajo de los nabateos, y los campos limítrofes con los moabitas. Pero su primera residencia estuvo en el monte Hor, no lejos del mar de la Sal, que por el Ocaso mira desde lo alto a Cades[54], pero por la derecha se divisan Arabia y el litoral del mar de Suph. Propagado desde allí su linaje, a través de montes ininterrumpidos, al Oriente, y corriendo hacia el Aquilón, dividió las regiones en heptarquías, según los nombres de sus hijos, y las habitó con su descendencia. Los nombres y sucesión de las heptarquías son éstos: la primera Lotham, dividida en dos familias, Hori, que habitó el monte mismo, comienzo de la posesión, y Hemam, que poseyó los lugares próximos; la segunda, Sobal, divida en cinco regiones (Aluan, Manabath, Ghebal, Sapho y Onam), cuyos nombres tomaron las mismas regiones; la tercera, Sebeon, que también se trocó en dos partes, una para el hijo de Aia, otra para su hermano Aná, de quien se dice que fue el primero que, apareados los caballos con las asnas que apacentaba, mostró a los mortales el género y utilidad de los mulos. También éste fue famoso por su doble descendencia: su hijo Dison y su hija Oholibama. La cuarta heptarquía[55] tocó en suerte a Aná, distinto del descubridor de los mulos, de quien ningún hijo se menciona. La quinta la obtuvo Dison, que la repartió entre sus cuatro hijos: Amdam, Esebam, Iethron y Charam. La sexta fue para Eser y la cedió a sus hijos Balaan, Zavan y Acan. Finalmente, la séptima y última, limítrofe con los nabateos y amonitas, la obtuvo Dison, a cuyas partes Hus puso los nombres de sus hijos. De aquí fue aquel famoso Job, celebrado con alabanzas de toda sabiduría y virtud. Pero Esaú, hijo de Isaac, que, por su numerosa familia y abundante ganado y por la estrechez de pastos y de lugar para él y para su hermano Jacob, se separó de éste, obtuvo los montes de Seghir, ocupándolos poco a poco por las armas, consiguiéndolos finalmente todos, por juicio divino, hasta Cades. Y, abolidos los antiguos, los llamó con los nombres de sus hijos, imponiendo, sin embargo, a toda la región y gente el nombre de Edom, que su hermano se dio a sí mismo, en señal de perpetua rivalidad con su hermano. Y, constituidas al principio tetrarquías, dividió toda la región que habían de poseer los hijos de sus tres esposas. Las primeras sedes, a lo largo del monte Hor, tocaron en suerte a Elifaz, nacido de Ada, mujer hitita, junto con los cinco hijos de la mujer legítima: Theman, Omar, Sopho, Gathan y Chenez. De la concubina Thamna nacieron Amalech y Core[56]. La segunda tetrarquía la obtuvo Rahziel, que engendró cuatro hijos: Nabath, Zarah, Sama y Meza. Los tres hijos del señor de la tercera tetrarquía, nacidos de Oholibama, hija de la cananea Ana y nieta de Sabeon, fueron: Iehus, Ihelon y Coreh[57]. Cada una de las tetrarquías fue dividida en tantas miríadas (como si dijéramos, ducados o marquesados) cuantos fueron los nombres de los hijos y nietos. Pues su división, según la costumbre de la gente, fue hecha en miríadas, y así a cada hijo o nieto, junto con la jefatura de la miríada le fue concedido también el nombre de *Aluph*, que podemos traducir por *Millenarium* o *Milliatum*. La sucesión de los nombres y lugares de estas miríadas, junto con los nombres de sus jefes fue distribuida de esta manera: Aluph Theman, Aluph Omar, Aluph Sepho, Aluph Gathan, Aluph Chenez. Y de Thanna, la concubina de Elifaz, Aluph Amalec y Aluph Coreh. Las miríadas de la segunda tetrarquía, junto con los nombres de sus primeros jefes, fueron: Aluph Nathath, Aluph Zarah, Aluph Sama, Aluph Meza, todos nacidos de Basemath. Los hijos de Oholibama gobernaron la tercera tetrarquía dividida entre sí: Aluph Iehus, Aluph Iethon y Aluph Coreh. Y toda la tierra de Edom era gobernada en otro tiempo por estos *milenarios*, cuando al principio la ocupó Esaú. Pasada después la región a la forma

[53]Gén 36.

[54]Gén 14,7.

[55][Por error se habla aquí de hexarquía].

[56][Gén 36,12, donde sólo aparece Amalec. Core en Gén 36,18 es hijo de otra mujer].

[57][Este Coreh no parece ser el mismo que el anterior].

de reino, tuvo lugar el cambio de las miríadas, con número menor y nombres diversos, en el siguiente modo: Aluph Thamma, Aluph Alua, Aluph Ietheth, Aluph Oolibama, Aluph Elah, Aluph Phinen. Y, conservando los nombres antiguos, Aluph Chenez, Aluph Theman. Con nombres nuevos, Aluph Mapsat, Aluph Magdiel y Aluph Hiram. Todos éstos se sometían a cualquiera que fuera el rey que mandara sobre los demás. Los términos de Edom eran los mismos que en otro tiempo los de Seir, con los ininterrumpidos montes horreos, desde el trayecto que hay desde Theman, limítrofe con Cades[58], corriendo al Aquilón, y torciéndose hacia el Ocaso frente a los montes Luit. Los valles que principalmente son considerados famosos, llamados Rohoboth, recibieron este nombre por sus grandes dimensiones. Las fuentes proporcionan agua a la región en los montes; en la campiña, los pozos. Ciudades antiguas son: Denaba, Bosra, Havith, Masrecha, Phaur[59], todas éstas patria de reyes, y Dedan. Su gente tenía un rudo espíritu guerrero y se jactaba de una admirable prudencia y sabiduría[60].

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA TIERRA DE CANAÁN
CAPÍTULO 6.º

Puesto en marcha Canaán por necesidad de la separación común, obtuvo una región caracterizada por variados y múltiples parajes. A Oriente sus confines los formó el río, famoso por el nombre de su fuente y por su descenso en pendiente, de nombre IARDEN. A Ocaso, el Gran Mar. Misraim y los espacios árabes, metido en medio un río no muy grande[61], cerraron la parte derecha. El famoso monte del Líbano clausuró la izquierda. El Jordán, río con dos manantiales, pero uno más copioso que el otro, de nacimiento no muy lejos del Líbano, que, corriendo durante algún tiempo hacia la derecha, se va doblando gradualmente hacia Oriente hasta ir a dar con los montes que le salen al paso, y desde allí, recobrando de nuevo el curso, hacia la derecha, en el mismo primer recodo, origina un lago, al que los del lugar pusieron el nombre de מֵי מֵרוֹן[62], es decir, *aguas últimas*. Recibe también en el mismo lugar el agua de una fuente célebre, fuente que los tiempos posteriores llamaron Daphnim. Después, estrechándose de nuevo el cauce entre peñas más angostas, recibe el nombre y la forma de río y se prolonga un poco. Ensanchadas otra vez sus márgenes a Oriente y a Ocaso, forma y llena un lago mayor que el anterior, abundante en muchos y óptimos peces, de aguas también muy dulces, que, por la magnitud del espacio que ocupa con relación a la estrechez de la región y por las tempestades que la fuerza del viento provoca en él, obtuvo el nombre de mar; y, acaso por la forma de cítara que presenta, se le llamó mar de Chinereth. Pero las naciones extranjeras que después invadieron o visitaron la región, alterando un poco la voz, lo llamaban Genezareth. Partiendo de este lago, estrechándose otra vez, nace el río Jordán, que tiende en línea recta al Austro y se agranda al Ocaso por los afluentes que proceden del monte Tabor. Pero, a Oriente, con las aguas del río de Jacob, se vuelve con marcada curvatura y corre a Oriente. Avanzando desde allí, con flujo contenido, hacia la derecha, regaba, mediante canales procedentes de él, campos en otro tiempo agradabilísimos y muy adecuados para contener y alimentar a cinco grandes ciudades y un valle admirablemente fértil. Pero, incendiados después estos lugares con fuego del cielo a causa de los crímenes de sus habitantes, todo el espacio fue ocupado por un gran lago, infectadas las aguas del río con una saladura grosísima y de muy desagradable olor, que ni se prestan a la navegación, ni crían animal alguno y ni siquiera llegan a elevarse con las tempestades. Ésta es la razón por la que algunos lo llamaron mar Muerto. Los de lugar le decían mar de la Sal, y los griegos, cuando lo conocieron después, por la gran cantidad de betún, le dieron el nombre de ἀσφαλήτης. Aquel valle,

[58]Num 20,16.

[59]Gén 36,36

[60]Jer 49,6.

[61][El río de Egipto].

[62][Error de tipografía; debe ser מֵי מֵרוֹם].

antes de que fuera un lago, se llamaba שִׂדִּים[63], esto es, de las *cosas abundantes*. Este mar, o este lago, recibe de los campos de los moabitas, a los que delimitaba por el Ocaso, tres ríos no muy grandes: las aguas del Nimrim, próximas también a la desembocadura del Jordán; más allá, a lo lejos, en dirección al Austro, el río Arnon, que separaba a los moabitas de los horreos; pero el nombre antiguo del tercero, el central, no ha llegado a nuestro conocimiento. El mismo Jordán, desbordándose en el tiempo de la mies, sobrepasa las dos riberas de su cauce[64]. Así, pues, toda la región de Canaán estuvo delimitada por este mar, por las márgenes o riberas ininterrumpidas del Jordán, por el monte del Líbano, por el Gran Mar y por el río llamado de Egipto. Las naciones vecinas que por Oriente confinaban con ella fueron los jesureos, los mahhateos y después los habitantes del celebérrimo monte de Basan, los amonitas y los Rafaim hasta los moabitas, que tenían sus sedes entre Amalec y el mar de la Sal. A la derecha, la parte de los horreos hasta los árabes y el trayecto no grande de la región egipcia. Por el Aquilón, Aram de Damasco hasta los confines de Sidón. La región es abundante en montes y éstos ininterrumpidos; también en valles y campos, por donde la tierra está más baja, excelentes por su situación y naturaleza. Los ríos, pequeños y escasos, desembocan a Oriente parte en el Jordán y parte también en el Gran Mar. Entre los montes del lado de acá del Jordán sobresalen en nombradía: el Tabor, que recorre al Aquilón casi la mitad de los lugares de esta región; el Carmelo, más cerca del Gran Mar; y, por encima de éste los montes Saronne. Más allá, también a Oriente, los Garizim, que se prolongan también a la derecha de los cananeos; y, por encima de éstos, los montes de los jebuseos. Y, por debajo de los cananeos, el Sanit. Toda esta región, cuando se une con las demás, es elevada. En efecto, por todas partes suben los que se dirigen a ella[65]. Por esta razón, dotada de un suelo más puro y noble, y fértil sobre todo por la temperatura del cielo y del aire, además de que en otro tiempo fu favorecida por singular providencia de Dios[66], abunda en fuentes y torrentes y, donde hay escasez de ellos, tiene pozos de agua dulce y también riachuelos sacados de los manantiales, con los que se pueden regar los campos. Feraz en trigo, cebada y aceite. En las viñas crecen racimos de uva de asombroso tamaño[67]. Fértil en frutos y pomos de todas las clases, produce también de manera espontánea higos, olivas y granadas[68]. De los montes se extrae hierro y bronce. Abunda hasta tal extremo en miel que se dice que la mana; y lo mismo en leche, por el número incontable de ovejas, cabras, ganado mayor y toda suerte de ganadería[69]. De entre las cosas que hacen las delicias de la vida y son de utilidad para la medicina se menciona particularmente el bálsamo, que de manera generosísima Dios concedió entonces sólo a esta parte del orbe. La miel, los aromas, la almáciga y dos clases de nueces (a una los latinos la llaman almendras; a la otra, que en esta región es excelente, en la lengua del país recibe el nombre de בָּטְנִים; los griegos y latinos la llaman *pistachos*)[70]. Aquella antigua raza de hombres era feroz, de gran estatura, acercándose mucho a la estirpe de los gigantes[71]. Eran de temperamento proclive a los placeres y voluptuosidades y a toda desvergüenza, de costumbres corruptas, de modo que se considere que fueron afanosos imitadores de la perversidad de su primitivo padre Cam. Poseyeron grandes ciudades, muy fortificadas por su situación natural y el trabajo

[63]Gén 14,3.

[64]Sir 24,36.

[65]Gén 42,11.

[66]Dt 32,13.

[67]Núm 13,23.

[68]Dt 8,8.

[69]Dt 32,13.

[70]Gén 43,11.

[71][Se cita al margen Núm 24,2, pero equivocadamente. Sobre Canaán como tierra de los gigantes vénse, por ejemplo, Dt 2,20; 3,11; 3,13].

del hombre. Las más antiguas fueron Hebrón[72], que con otro nombre se la llama Kiriath Arbagh, fundada siete años antes que Tanim de Egipto[73], patria en otro tiempo de los hijos de Enach. Bethel[74], que antes, a consecuencia de las nueces, se llamaba Luza[75], famosa por el sepulcro de Débora, nodriza de Rebeca[76]. Hai y Hobba, a la izquierda de Damasco. Sichem, famosa por la abundancia del árbol silvestre de su nombre. Éfrata, junto a la que está sepultada Raquel, la esposa de Jacob[77]. También fueron ciudades antiguas aquellas que después Dios destruyó, condenándolas a estar eternamente sumergidas: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Bala[78]. Pero de aquella catástrofe fue librada una pequeña ciudad que, por sus exiguas dimensiones, recibió el nombre de Soghar o Seghor, recuerdo insigne del singular beneficio de Dios para con Lot[79].

SOBRE LAS DOCE NACIONES
CAPÍTULO 7.º

Cuando el Altísimo dividía las naciones, cuando separaba los hijos de Adán, fijó los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel[80]. Fue preciso, por tanto, que existieran doce naciones que habitaran, poblaran y prepararan aquella tierra a la que habrían de ser conducidos los hijos de Israel para poseerla. Este número lo completó Canaán junto con sus once hijos. En efecto, Sidon, el primogénito de Canaán, ocupó la orilla del mar, al Aquilón, hacia la derecha, hasta Palestina; a Oriente fundó Aram de Damasco y algunos otros lugares limítrofes con los campos de sus hermanos. Próximo a éste, más arriba hacia el Oriente, se estableció Hheth, de quien la región y gente toda tomó el nombre de heteos, hasta los lugares cercanos del gran monte que los del lugar llamaron Gelbor. El tercero, Iebus, avanzó a la derecha y dejó a su gente el nombre de jebuseos. Emor, el cuarto, de quien proceden los amorreos, poseyendo los lugares más mediterráneos, confinaba al Ocaso con los jebuseos. Pero la familia de los guirgaseos se asentó por encima de los heteos, al lado de allá y de acá del río Jordán, por la parte donde están las aguas Maron y el gran lago Chinereth. La estirpe de los jivitas habitó entre los amorreos y los palestinos. La descendencia de Arac pobló los lugares que obtuvo su padre, los pies del monte del Líbano y la parte por donde el monte mira a la derecha; su gente fue llamada arquea. Sineo, más allá de Hheth, hacia Oriente, se extendió casi hasta el Jordán, a excepción de los campos próximos a aquel río que colonizó la nación jivita al verse obligada a salir de las estrecheces de sus primeros asentamientos. Arad, el noveno de los hijos de Canaán, más allá de los jivitas y de los amorreos, pobló la región cercana al vasto desierto de Cades. También el décimo, Sanir, subió a los dos montes entre los guirgaseos, sineos y heteos; y, poniéndoles a éstos su nombre, dio colonias a la nación nacida de él. Los montes se llamaron Semaraim, pero su gente semarita o pueblo semareo[81]. Finalmente, el undécimo de éstos, Hhamath, eligió aquellos lugares que, dividido el monte del Líbano, ofrecen fácil acceso a Aram de Damasco, pero extendió el territorio a lo largo de los primeros canales del Jordán, casi hasta las aguas llamadas Maron. Añadimos a éstos al mismo padre Canaán, quien a la región entera, dividida entre sus hijos, dio su

[72]Gén 23,19.

[73]Núm 13,23.

[74]Gén 12,8.

[75]Gén 48,3.

[76]Gén 35,8.

[77][Otras dos citas al margen (Dt 1,19 y Gén 34) no tienen relación directa con el texto].

[78]Gén 14,2.

[79]Gén 19,22.

[80]Dt 32,8.

[81][Hay al margen una nota poco legible que parece decir Jos 18].

nombre común y, como morada propia, retuvo una parte para sí entre los palestinos y amorreos, famosa por sus montes largos y casi continuos y por sus valles hondos por las dos partes y más extensos que los demás. Y así, toda la región tocó en suerte, para que la habitaran, a las gentes y nombres de doce pueblos, cuya serie es la siguiente: Sidon, Heteo, Jebuseo, Amorreo, Guirgaseo, Heveo, Arqueo, Sineo, Aradio, Samareo y Hamateo. Y Canáan, el padre de todos ellos[82].

MONTES Y CIUDADES CÉLEBRES DE LAS DOCE NACIONES

CAPÍTULO 8.º

Sidon, el primogénito de Canaán, fundó, la primera de todas, la ciudad de su nombre, junto al litoral del mar, próxima al río que baja de los confines del monte del Líbano. Sus descendientes fundaron TSOR (Tiro para nosotros), en una pequeña isla del mar, con capacidad sólo para la ciudad y los edificios, separada del continente por un pequeño trayecto, provista de puertos a derecha e izquierda, que fue el emporio más famoso de toda la tierra[83]. La estrechez y solidez del lugar le dieron nombre. De aquí que algunos la llamaron *fortaleza del mar*. Pero, como fuera una vez tomada y destruida por los babilonios y continuara por segunda vez haciendo valer y manteniendo la insolencia de su primitiva soberbia, hecho un terraplén por el ejército griego, fue nuevamente tomada y destruida y permaneció unida a la tierra cercana de la que antes estaba separada por setecientos pasos, por un mar profundo y lleno de puertos. Los lugares y plazas fuertes interiores que parecen antiguos fueron: Helin, junto a los pies del Líbano; Beth Enath, Cedes y Orez. Debido a su belleza, los griegos llamaron a toda la región φοινίκη; los latinos, *Púnica* o *Fenicia*. Pues esto significa פנק en la lengua del lugar. En el territorio de los HETEOS, el monte principal es el Tabor, llamado así por la forma de ombligo que parece presentar. Sus ciudades antiguas, Chul, Cophec, Rimon y la insignemente famosa y regia Achsaph. La ciudad regia más importante de los JEBUSEOS, de nombre IEBUS por su fundador, hijo de Canaán, fue fundada en los montes. A ésta se le llamó también Salem. Los tiempos posteriores, dada su situación más elevada, la llamaron JERUSALÉN, ya que existe otra Salem del mismo nombre entre los cananeos. A esta región pertenece el monte Maspha, con una ciudad y torre de este mismo nombre, obtenido de la atalaya de la que disfrutaba aquel lugar. El río que nace del monte Almon fluye hacia el Jordán no lejos de la desembocadura por donde se abre el mar de la Sal. Por el Ocaso, un gran campo se extiende junto al monte, que con el vocablo local se llama ELON MOREH (para los nuestros, el famoso *valle hondo*), entre aquel monte de que hemos hablado y el otro monte de los amorreos, cuyo nombre fue Garizim. En efecto, los amorreos tienen como monte más importante el Garizim, donde estuvo en otro tiempo Luza, llamada así por la abundancia de nueces. A ésta Jacob le dio después el nombre de Bethel. Pero junto a los otros montes, al Austro, están las ciudades regias de Eglon y Kiriath Arbagh, llamada asímismo Hebrón. Los GUIRGASEOS poseyeron una famosa ciudad regia y sedes. Y, vecinos a éstos, los ARQUEOS, tuvieron como ciudad más importante Hassor (llamada en otro lugar Hesram), Samanam, Cartha, Accadim, Iebnael y Eseb. Los HEVEOS, situados entre los montes Sanit y el reino filisteo de Gaza, tuvieron como ciudades primeras Makedah, Adullam, Gader, Taphuah, Harmah y Hered. Confinantes con éstos habían sido las ciudades filisteas de Gaza y Gath y sus reinos. Las colonias fundadas por los heveos se asentaron junto al río Jordán, por donde el río Jacob es recibido a Oriente, y poseyeron una ciudad famosa llamada Baghal Gad, en razón de la deidad protectora de la fecundidad de los rebaños, que principalmente se adoraba en ella. Poseían asimismo la llamada Aroer de las Gentes. Los SINEOS, situados entre dos montes, a Oriente y Ocaso, y las aguas del río que baja desde el Tabor hasta el famoso *valle hondo*, habitaron Thirsa, compartiéndola prácticamente con los amorreos; pero

[82]Dt 11,10; 1Crón 1,8.

[83]Is 23,7.

poseyeron la importante Beth Hhoron, llamada así, según creemos, por el excesivo calor. Los SAMAREOS ocuparon el monte Semir. Fueron sus ciudades Nahhalon, Dothaim, Dabereth, Salim y Iasiae. La gran ciudad que los HAMATEOS llamaron Hhamath conservó su nombre. Éstos poseyeron también Riblatha y todo el territorio hasta Cedes. Por su parte, los CANANEOS poseyeron los famosos montes de Bethel, que es la misma que Luza, a Oriente, y los de Saroe, al Ocaso, y las estribaciones de éstos intercaladas en muchas partes de campiñas y zonas llanas y de campos de admirable fertilidad que alimentaban muchas y grandes ciudades, tales como Megido, Salem (distinta de la de los jebuseos), Gazer, Sichem, Apheca y Bethel, común con los amorreos. En el territorio de los ARADEOS estuvo Arada y, al lado de acá de los montes Sannir, la ciudad de Debir, a la que, debido a la densidad de sus bosques, se le dio también el nombre de Kiriath-Iegharim. De los amorreos nacieron los PEREZEOS. Éstos ocuparon el territorio limítrofe con el mar de la Sal; adquirido para sí un nombre ilustre entre los demás vecinos, construyeron y habitaron la ciudad regia de Geth y Beth Gharaba. Su territorio se extendió a lo largo del mar, por Aphecha, hasta Jericó. Fue Jericó una ciudad regia, fortificada por su ubicación y principalmente por la industria de los hombres. Ciudad con abundantes palmeras, de donde le viene el nombre de *ciudad de las palmeras*. Pero, además de todos sus territorios, fue célebre e ilustre por la abundancia del famosísimo árbol del bálsamo, que Dios de manera singular concedió únicamente a aquel campo, por cuyo penetrante y fragante olor obtuvo en suerte el nombre de Jericó. Es, en efecto, el bálsamo egipcio con mucho menos generoso que el de esta región. Tuvo en otro tiempo aguas insalubres que después el profeta Eliseo trocó en salubridad.

SOBRE LOS TRES PRINCIPALES NOMBRES DE LAS NACIONES Y SOBRE LOS HEBREOS

CAPÍTULO 9.º

El nombre de cananeos, común a todas las demás once naciones, fue tomado del padre y conservado para mantener el parentesco y sociedad y para garantizar la ayuda mutua. También toda la región fue llamada tierra de Canaán. Y la lengua común de todos los habitantes recibió el nombre de lengua de Canaán, que otros llaman hebrea[84]. Pero, además de Canaán, tuvieron otros nombres principales: amorreos y perezeos, que por la abundancia de pueblos y de gente y por la excelencia de sus lugares sobresalían entre las demás familias y, divididos los territorios, las repartían dentro de su sociedad o, si estaban inscritas, por derecho de municipios. En efecto, a los amorreos estaban adscritos los lugares montañosos y las campiñas próximas al lado de acá del Jordán. A los cananeos, lo que de la región se prolongaba desde los amorreos hasta el Gran Mar. La parte media entre éstos, a lo largo del mar llamado de la Sal, era de los perezeos. Y entre las partes de los amorreos se contaba la ciudad de Jerusalén, ciudad real, como hemos dicho, de los jebuseos, y Hebrón Ierimoth y Lachis, que fueron también ciudades de reyes[85]. Los lugares campestres fueron de los cananeos[86], en los que se cuenta que también la ciudad de Galghal perteneció a éstos.

Pero el nombre de hebreos fue de cierta familia no segura, pero común de todos los que, cuando cruzaron el río Eúfrates, eligieron asentarse y fijar sus tiendas entre el río mismo y el Gran Mar. En efecto, el mismo vocablo עבר significa lo mismo que el latín *transiens* o *transmittens* y con este significado se usaba para distinguir a los que, después de aquella primera división de las naciones, emigrando del lugar donde se habían asentado sus mayores, llegando, una vez cruzado el río, a las regiones próximas adscritas ya a habitantes y nombres seguros, usaban más bien el derecho de los extranjeros que el de los indígenas. El primero de todos los que emprendieron esta emigración fue Heber,

[84]Gén 40,15; 42,3.

[85]Dt 1,5; Jos 5,1; Núm 13,29; Gén 13,7; 32,30; Jos 10,4.

[86]Dt 11,30.

buscando la comodidad de vida conveniente a su nombre[87]. Su ejemplo fue imitado por Thare, ya el sexto nieto de la familia, cuando Abrahán emigró con su hijo a esta misma región. Después, el mismo Abrahán, viviendo como huésped en los campos cananeos, obtuvo por una doble razón el nombre de hebreo[88]: porque desde su casa había atravesado Haram y desde Haram a Canaán. Del mismo modo, sus hijos y nietos, por segunda vez, en tanto no tuvieron sedes propias, recibieron de los egipcios y demás naciones el nombre de hebreos.

SOBRE LAS PEREGRINACIONES DE LOS HEBREOS
CAPÍTULO 10.º

Vagabundos e inestables durante largo tiempo aquellos hebreos de que hemos hablado, vivieron en diversas regiones, ciudades y campos, aunque nunca dejaron de acordarse de las promesas ni dejaron de tener la certeza de sus territorios ni se sintieron afectados por la dilación de la promesa que por voluntad divina esperaban. Pues Abrahán, su primer padre, siguiendo la voluntad de su padre Thare, saliendo de Ur de los caldeos y atravesando el río, se estableció en Haram Naharaim, es decir, entre ríos[89]. Pero, muerto el padre, llevado por la promesa y poder de Dios, emigró a los campos de los amorreos de la ciudad regia de Sichem y obtuvo, como huésped, aquel valle hondo, que por los del lugar era llamado More[90]; *illustris*, por el traductor latino. Cuando estuvo allí, celebró el nombre y culto de Dios, profesándolo públicamente[91]. Pero, marchándose de allí, se estableció con toda su familia entre Bethel y Hai[92]. Mas, levantándose el hambre en aquellas regiones, emigró a Egipto[93]. Volviendo después de allí a los campos de Betehl, se estableció donde había estado antes[94]. Separándose de su sobrino Lot, trasladó también su tienda y su familia desde aquel lugar al hondo valle de Mamré, donde engendró a Isamel[95], y, profesando la alianza sellada por Dios, dio comienzo al signo recibido de la circuncisión que había recibido[96]. Allí también Sara concibió a Isaac, hijo de la futura descendencia y semilla primera de la posteridad sagrada[97]. Marchándose de Mamré, emprendido el viaje hacia la región austral, habitó después un poco de tiempo entre Cades y Sur, y aquella temporada vivió como huésped de la ciudad de Guerar[98]. En los campos de Guerar nació Isaac[99]. Despedidos de aquí su hijo Ismael con su madre, al pozo que se había comprado por un precio legítimo en cierto lugar de aquella misma región le puso por nombre Bearsebagh, en testimonio perenne de posesión y pactó una alianza de amistad con los habitantes del lugar[100]. Recibiendo la orden de partir de aquel lugar al monte Moriah en los campos de los jebuseos, puesto a prueba por Dios, probó su fe con egregia piedad y, más acrecido en la confirmación de las promesas, se dirigió de nuevo a Bearsebagh. Marchándose también de allí, después de unos años, se

[87]Gén 10,21.

[88]Gén 14,13; 39,14; 40,15; 42; 43,32.

[89]Gén 11,31.

[90]Gén 12,6.

[91][Gén 12,7].

[92][Gén 12,8].

[93][Gén 12,10].

[94][Gén 12,13].

[95]Gén 16,15.

[96][Gén 17,9 ss.].

[97]Gén 18,1.

[98]Gén 20,1.

[99]Gén 21,2.

[100]Gén 21,32.

retiró a la ciudad de Arbagh, que es llamada también Hebrón. Y, al morir allí su mujer Sara[101], en pública y legítima transacción, a Efron, rey de los heteos, frente a Mamré, compró un campo en derecho de sepultura y uso futuro propio para sí y sus herederos. Cuando él murió, sus hijos Isaac e Ismael lo enterraron allí[102]. Después de la muerte de su padre Abrahán, Isaac fijo su tienda junto a la fuente de agua, en el desierto, que está en el camino de Sur[103], a la que Agar le había dado el nombre de *Pozo del que vive y del que ve*, y allí engendró dos hijos[104]: Esaú y Jacob. En aquel lugar permaneció largo tiempo, porque, a causa del hambre gravísima surgida en aquella región, avisado por Dios, cuando pensaba ir a Egipto, emigró a Palestina y vivió como forastero en Guerar, siendo rey Abimelech[105]. Rogándole los vecinos del lugar que se alejara de allí, a causa de sus formidables riquezas, que día tras día seguían aumentando[106], y, movido también por la envidia de los campesinos y por las continuas riñas entre los suyos y los de ellos[107], se asentó en los lugares cercanos al río Guerar[108] y volvió a cavar los pozos que había abierto su padre Abrahán[109]. Marchándose de allí, después de algunos años, se instaló finalmente en Bearsebagh, y, a ruegos del rey de los palestinos y de sus principales, les dio la mano derecha de la amistad[110] y permaneció allí el resto de su vida hasta que murió. Dirigiéndose Jacob de Bearsebagh a Haram, huyendo temeroso de su hermano y siguiendo el mandato de su madre[111], llegó a Luza[112]. Pernoctando en su campo, vio durante el sueño el significado arcano de las promesas divinas. En testimonio de ello dio al lugar el nombre de Bethel[113]. Cuando se levantó de allí, llegó en jornadas ininterrumpidas a la tierra oriental[114], esto es, a la Mesopotamia Siria, que en hebreo se dice Haram Naharaim, donde, recibido como huésped por Labán, vivió veinte años enteros[115]. Pasados los cuales, formada su familia y reunida toda su hacienda, emprendió el regreso a la tierra de Canaán, y, cruzado el río, llegó sin tropiezos hasta los lugares cercanos del gran monte. Pero, alcanzado allí por su suegro Labán[116], se detuvo un poco de tiempo; y, hecho un pacto de amistad con él y con su familia, dio al monte el nombre de Gilgad o Galghad[117]. Despidiéndose de su suegro, llegó de allí en línea recta al río de Jacob, no lejos del Jordán, donde, luchando durante toda la noche en grave lucha con un ángel y saliendo vencedor, él mismo recibió por orden divina el nombre de Israel[118] y llamó a aquel lugar Phanuel[119]. Y, para que su familia se restableciera de un camino ya largo, fijadas las tiendas entre el Jacob y el Jordán,

[101]Gén 23,2.
[102]Gén 25,10.
[103]Gén 16,7.
[104]Gén 25,11.
[105]Gén 26,1.
[106][Gén 26,12-14].
[107][Gén 26,16].
[108][Gén 26,17].
[109][Gén 26,18].
[110][Gén 26,26-31].
[111]Gén 27,45.
[112][Gén 28,19].
[113][Gén 28,19].
[114][Gén 29,1].
[115][Gén 31,38].
[116][Gén 31,25].
[117][Gén 31,47].
[118][Gén 32,29].
[119]Gén 32,31.

permaneció allí durante algún tiempo y puso al lugar el nombre de Zzuchoth, en razón de las tiendas mismas[120]. Levantado de allí el campamento, atravesado el Jordán, llegó a Salem (aquella otra inferior que enumerábamos en el territorio de los cananeos) y a los ciudadanos de Sichem, por una cantidad fijada, les compró para sí una parte de campo y plantó sus tiendas en un terreno ya propio[121]. Conmovido después por la matanza de los siquemitas a manos de sus hijos[122] y obedeciendo el oráculo Dios, emigró a Bethel[123]. Construyendo allí un altar, prescribió a sus hijos la forma y razón del culto religioso y proveyó a su familia y a su pueblo de su propio nombre. Abandonando Bethel con toda su familia, caminaba hacia Éfrata, cuando, concebido Benjamín, perdió a su mujer Raquel a consecuencia del parto y le dio sepultura allí mismo en un célebre sepulcro[124]. Avanzando un trecho de camino bastante grande, plantó su tienda en el campo de los jebuseos, más allá de la torre de la grey[125], y estableció allí la entera casa de su nombre, según el número de sus doce hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, José, Benjamín, Dan, Neftalí, Gad y Aser. Todos éstos, junto con su propio padre, fueron después llamados siempre con el nombre de Israel. Marchándose con ellos a la región de Hebrón, al campo de Mamré[126], dio pruebas de sentimientos de piedad a su muy anciano padre Isaac hasta la muerte de éste. Y allí habitó largo tiempo, hasta que, llamado por su hijo José, que administraba Egipto, con toda su familia, esto es, con setenta almas, se dirigió a Bearsebagh, para consultar a Dios acerca de aquel viaje[127]. Pero allí mismo, recibida la respuesta, avisado y mandado por Dios, bajó a Egipto, y, en espera de ser recibido por su hijo, permaneció en el campo de Gossen. Con su hijo de dirigió a Thanim, para saludar al faraón. Vuelto de allí a la región de Gossen, vivió con toda su casa hasta el último día de su vida. Muerto allí, fue llevado a la tierra de Canaán, para recibir sepultura, dejando a los doce hijos, que más arriba hemos enumerado, herederos de la promesa que Dios le había hecho a él.

Este librito nada contiene contrario a la fe
de la Santa Iglesia Romana
u ofensivo para el Estado.
Aporta, antes al contrario, gran utilidad
a los estudiosos de las Sagradas Letras,
tanto para confirmar la memoria,
cuanto para que entiendan más fácilmente aquellas cosas
que en esta materia las Sagradas Escrituras proponen.
De lo que doy fe.

Sebastián Baer Delphius, plebano y canónigo de la
Insigne Iglesia Catedral de Santa María, de Amberes.

[120][Gén 33,16-17].

[121][Gén 33,19].

[122][Gén 34,25].

[123]Gén 35,1.

[124][Gén 35,20].

[125][Gén 35,21].

[126]Gén 35,27.

[127][Gén 46,1].